

ORANDO CON LA PALABRA

(13º Domingo. Tiempo ordinario)

“ Cuando se iba cumpliendo el tiempo de ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. Y envió mensajeros por delante. De camino entraron en una aldea de Samaria para prepararle alojamiento. Pero no lo recibieron, porque se dirigía a Jerusalén. Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le preguntaron: “ Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo que cabe con ellos?”. Él se volvió y les regañó. Y se marcharon a otra aldea. Mientras iban de camino, le dijo uno: “Te seguiré adonde vayas”. Jesús le respondió: “Las zorras tienen madriguera y los pájaros nidos, pero el Hijo del hombre, no tiene donde reclinar la cabeza”. A otro le dijo: “ Sígueme”. Él respondió: “ Déjame primero ir a enterrar a mi padre”. Le contestó : “Deja que los muertos entierren a sus muertos, tú vete a anunciar el reino de Dios”. Otro le dijo:” Te seguiré, Señor, pero déjame primero despedirme de mi familia”. Jesús le contestó: “El que echa mano al arado y sigue mirando atrás, no vale para el reino de Dios”.

(Lc.9,51-62)

En su caminar hacia Jerusalén, Jesús va pasando por aldeas y pueblos, anunciando su mensaje y suscitando respuestas. Y a quienes expresan su deseo de seguirle, Jesús les va haciendo comprender que el seguimiento, no se reduce a un impulso generoso de querer ser como Él. Seguir a Jesús implica elegir su modo de vivir, supone acoger y comprometerse con las mismas actitudes que Él vivió.

Seguir a Jesús es arriesgarse por Él, a vivir sin seguridades, a no buscar el bienestar por encima de casi todo, a caminar libre, al viento del servicio y de las necesidades de los otros.

Seguir a Jesús, supone priorizar, elegir permanentemente lo que es más necesario, para el servicio del Reino, aunque requiera dejar en un segundo plano, compromisos personales.

Seguir a Jesús, implica, estar siempre en camino, abiertos a la realidad, a la vida, y con Él y como Él, buscando alternativas , acompañando proyectos, ofreciendo futuro y esperanza.

Dejemos que la Palabra resuene en nuestro interior y vaya cuestionando, si seguimos a Jesús, con la radicalidad que Él espera y necesita de nosotros.

ORACIÓN

Junto al camino,
contemplo

tus pasos firmes,
que van de aldea en aldea,
de pueblo en pueblo,
anunciando tu mensaje
y abriendo los ojos
y el corazón
a los que aún siguen soñando
que otro mundo diferente
y mejor para todos,
es posible.

Y tu voz
llega hasta mi,
como en tu caminar
hacia Jerusalén,
resonó en el corazón
de los que querían seguirte:
“Las zorras tienen madriguera
y los pájaros nidos, pero
el Hijo del hombre,
no tiene donde reclinar la cabeza”.

Seguirte, Señor,
es arriesgar seguridad,
futuro, bienestar, poder.
Nos pides
la actitud libre e itinerante,
de quien ni busca ni se ata
a bienes ni prestigios.

Seguirte
es vivir como tú,
abierto a la vida,
a las necesidades de los hermanos
a entregar
palabra y servicio
por el Reino,
sin que los propios intereses,
la búsqueda
de las propias seguridades,
ocupen el centro
y polaricen la vida

y el corazón.

Seguirte, Señor,
es priorizar
por ti y por el Reino,
entre las realidades cotidianas,
las tareas,
los compromisos,
los deseos,
aquello que realmente,
necesitas de nosotros,
que seamos testigos del Reino.

Hoy, quizás con menos fuerzas
y pies cansados,
te repetimos
que queremos seguirte.

Queremos estar, saborear, contemplar.
Compartir, perdonar, sonreír.
Reconocer, empezar de nuevo,
ponernos en pie,
vivir en coherencia.

Queremos seguirte,
rechazar la mentira y la injusticia
acompañar al hermano en su dolor,
recrear la esperanza.
Queremos seguirte,
reconocerte y proclamarte como Señor,
centro y sentido de nuestra vida.

Hoy, volvemos a escuchar tu llamada
y, dejando redes y ataduras,
te repetimos de nuevo,
que queremos seguirte.

Amén.

(Hna. Oyonarte)

